



HERIDO EN EL CORAZÓN

LEÓN MORARIA

ESCRITOR MERIDEÑO



Resulta imposible permanecer indiferente ante la magnitud de la tragedia que estremece los cimientos de los EEUU como potencia económica y militar del planeta. La herida fue provocada en el corazón mismo del centro de poder (Wall Street y el Pentágono), ahí donde más duele y donde la coraza protectora armamentista lo hacía intocable.

Este suceso hay que verlo en dos vertientes: el hecho en sí y las causas que lo provocan. Suceda donde suceda (Nueva York, Palestina o Colombia), es un hecho doloroso y lamentable. El gran desafío de la humanidad, desde todo tiempo, ha estado dirigido a buscar entendimiento en la solución de las controversias que provocan acciones tan dramáticas y cuyas víctimas son siempre el obrero, la mujer, el niño, que circunstancialmente estaban en el sitio donde ocurre la tragedia. Es el pueblo que labora la víctima propietaria de esta guerra infinita, de intereses ajenos a sus verdaderos intereses de solidaridad y hermandad. Las víctimas del "World Trade Center", en gran mayoría, son la mano de obra que como un mecanismo de relojería permitía el compasado palpitar del gigantesco corazón que dirige la economía mundial, bajo una concepción ideológica, causa primera, de este tipo de acciones que ocurren en cualquier parte (Somalia, Panamá, Granada, Nicaragua, Iraq o Yugoslavia). En dondequiera que los

pueblos son sometidos a los intereses de las potencias económicas y militares, que da latente un sentimiento de frustración, de patriotismo herido, de dominación impuesta, de riquezas sustraídas, de inhumana explotación por el salario, por el precio miserable de los productos agrícolas (café, banano, azúcar) o las materias primas (cobre, hierro, petróleo) o por el chantaje del capital y los mecanismos de la deuda que acorralla y asfixia las siempre nacientes economías subdesarrolladas. Ese sentimiento de repudio está presente en todos los pueblos del mundo que en algún momento han sido víctimas de la guerra impuesta por las potencias económicas y militares. Corea, Cuba, Vietnam, Yugoslavia, Iraq, Nicaragua. Ese sentimiento de repudio está presente en los escritos de nuestros próceres y poetas (Bolívar, Neruda, Mariátegui, Asturias, Gabriela Mistral, Jorge Amado, Gallegos, García Márquez, José Saramago). Es el sentimiento de los pueblos doblegados, humillados por los intereses egoístas de las potencias, que sin sonrojos, anuncia la más funestas represalias contra el culpable de la tragedia que hiere, en lo más profundo, el orgullo y fatuidad del Imperio; en lugar de mirar hacia sí mismo y encontrar la causa, que exacerbó los ánimos y condujo al atrevimiento de desafiar la soberbia de la fiera, que se revuelve herida a descargar su furia.

Pero, en adelante, las cosas no serán igual. El pueblo de los EEUU, ahora víctima directa de las decisiones

políticas tomadas por una cúpula, buscará las causas de su actual tragedia y así como en la guerra de Vietnam, se convirtió en factor decisivo para la retirada y derrota de su propia ejército; así también, encontrará el camino para exigirle a sus gobernantes explicación por la inseguridad en lo que han colocado (Oklahoma, Atlanta, Seattle, Nueva York). Siempre las acciones bélicas se cumplían a muchos kilómetros de las fronteras geográficas. Pero, resulta que ahora, la guerra estalló en el propio corazón

del poderío económico y militar. ¡Insólito!

Lo ocurrido en Nueva York no es una simple acción demencial. Tiene raíces muy profundas, que van desde las madres de la plaza de mayo, a los indígenas de Chiapas; desde la discriminación racista de África y la guerra de Los Balcanes, a los niños que mueren de hambre en Iraq, Etiopía o Chechenia, víctimas inocentes de guerras imperialistas. “Se recoge lo que se siembra”, dicen los campesinos (E)

